



Dando vueltas

Una crítica de *La insurrección que viene*

Insurgentes sin venda, 2010

Este texto fue publicado inicialmente en agosto 2010 en el expediente temático "Insurrección" de la revista anarquista internacional *À corps perdu* n°3.

Aux éditions de l'ours sans drapeau:

- *John Zerzan et la confusion primitive*, Alain C., 2000, FR
- *John Zerzan e a confusão primitiva*, Alain C., 2000, PT
- *O impasse cidadanista*, Alain C., 2001, PT
- *Préface de "La Nature" de John Stuart Mill*, Estiva Reus, 2003, FR
- *De Ongewensten*, Anoniem, 2000, NL
- *Los Indeseables*, Anónimo, 2000, ES
- *Men Explain Things to Me*, Rebecca Solnit, 2008, EN
- *Quand les hommes m'expliquent*, Rebecca Solnit, 2008, FR
- *Comprendre le patriarcat*, bell hooks, 2004, FR
- *Que reste-t-il du champ des possibles ouvert par la zad ?*, Anonyme, 2019, FR
- *Un an après les expulsions, qu'est-ce qu'on fait encore sur la ZAD ?*, Un petit groupe d'occupant·e-s, 2019, FR
- *La recherche vue de l'intérieur*, Carlos Ojeda, 2001, FR
- *My Anarchism*, Rosa Blat, 2018, EN
- *Faites vos jeux ! À propos de pesticides*, Anonyme, 2019, FR



Dando vueltas

Una crítica de *La insurrección que viene*

«¡Oh!, que la crasa burguesía quede para siempre maldita;
que se siembre la sal y el azufre sobre el emplazamiento de sus tiendas,
¡y que la misericordia de su Dios sea leve para con sus almas grasientas!
Empero, aún hay quien cree en el espíritu revolucionario del tendero!!!»
Ernest Coeurderoy, *Jours d'exil*, Tome I, 1854

Muchas son las razones que desde hace tiempo nos incitaron a ignorar este opúsculo, a pesar de la palabra clave que se encuentra en su título: *insurrección*.

Como bien conoce, a través de su experiencia, cualquier ladrón del FNAC¹, es muy raro que un libro destacado en esa tienda sea interesante por su contenido, sino más bien porque luego lo puede vender más fácilmente. El otoño del 2007 ya pasó y el “coup de coeur” del mes que le fue concedido por esta empresa ya perdió su valor. Además es inútil buscar algo interesante en *La insurrección que viene*² en lo que respecta a su valor de cambio.

Por otro lado nuestro ladrón, por muy lector que sea, tampoco corría el riesgo de dejarse tentar por la suerte de sus divagaciones críticas: ¿qué podría tener de apasionante un texto que viene de una editorial que publica cosas de un madero gaullista (Erik Blondin, *Journal d'un gardien de la paix*, 2002), de un médico forense (Patrick Charlot, *En garde a vue*, 2005), de un sepulturero

¹ Nota de éditions de *l'ours sans drapeau*: FNAC es una empresa francesa, filial de Groupe Fnac Darty, especializada en la venta de artículos electrónicos, ordenadores, artículos fotográficos, libros, música y vídeo.

² Comité Invisible, *L'insurrection qui vient* (Paris, La Fabrique, mars 2007), 126 pág. Comité invisible: *La insurrección que viene*. Yaiza Nerea Pichel Montoya y José Pons Bertrán (tr.), (Santa Cruz de Tenerife, Melusina, junio 2009), 171 pág.

de revoluciones (Mao, *De la pratique et de la contradiction*, textos presentados por Slavoj Žižek, 2008), o como hace poco de jueces sindicalistas (Syndicat de la magistrature, *Les mauvais jours finiront*, 2010)? ¿Qué otra cosa que un reciclaje de la sopa postizquierdista de la que tanto gusta el fundador de *La Fabrique*?

Este opúsculo se movía por aquel entonces sin muchos problemas a merced de los azares del mercado, cuando, repentinamente, otra noticia muy distinta nos volvió a recordar su existencia. En noviembre del 2008, el Ministerio del Interior pretendía haber encontrado repentinamente a uno de sus autores anónimos entre los acusados (y encarcelados) del asunto conocido como Tarnac. Un fiscal cualquiera se atrevía a calificar el texto de «*suerte de breviario de la lucha armada*». ¡Diantres! ¿Habría estado escondido, por un ardid de la historia, durante más de un año un libro subversivo en las estanterías de la cultura de izquierda? La encarcelación de un “tendero” o de una “estudiante”, como gustaban de presentarse entonces algunos de los inculpados, ¿sería el hilo a través del cual podríamos acercarnos un poco más a ese panfleto? ¿Seguiríamos acaso los consejos literarios de uno de los acusados?: «*lo escandaloso de este libro es que todo lo que figura en el es rigurosa y catastróficamente cierto y no deja de serlo cada día más*»³.

Nuestra curiosidad malsana se vio picada solo por un instante.. Porque mientras la flor y nata de la *intelligentsia* del país se preguntaba si «*las leyes de excepción adoptadas so pretexto de terrorismo y seguridad [eran] compatibles a largo plazo con la democracia*»⁴, la inmensa mayoría de las formas-de-vida que se encontraban acusadas se difundirán a través de entrevistas y artículos en los medios de comunicación, dirigiendo colectivamente una estrategia de defensa inocentista y frentista (reunificando a la izquierda por un lado y a las clases medias indignadas por el otro). En definitiva, tampoco ellos conseguirán convencernos de que hojeemos este librito verde. Aunque quizás ese chantaje funcione mejor en otras partes, ya que varias editoriales extranjeras de *La insurrección que viene* vincularon voluntariamente la represión de «*algunos jóvenes campesinos comunistas*»⁵ a su traducción, con el fin de hacer su sopa más vendible. Hacer del Estado y de sus reacciones el patrón del carácter revolucionario de un libro ida que pensar! Si acaso eso no dice mucho sobre este último, en cambio sí lo hace sobre aquellos a quienes beneficia.

³ Entrevista exclusiva de Julien Coupat en *Le Monde*, 25 de mayo de 2009.

⁴ Agamben, Badiou, Bensaïd, Rancière, Nancy y otros verdaderos demócratas: «Non à l'ordre nouveau», *Le Monde*, 28 de noviembre de 2008.

⁵ Comité Invisible, *Mise au point*, 22 de enero de 2009, pag. 4.

inconveniente de provocar desacuerdos. Vayamos a la búsqueda de las informaciones y la decisión vendrá sola, hermosa, luminosa y válida para cada uno de nosotros. ¿Necesitáis algunas precisiones suplementarias? Echad un vistazo a las referencias históricas del *Llamamiento* y de *La insurrección que viene*, y utilizad un poco de imaginación. Afirmaciones del estilo «*Las revueltas de noviembre de 2005 ofrecen el modelo*» (pág. 145), no son más que palabras, porque en el fondo la acción que tienen en mente estos escritos se parece más a la de un Partido de Panteras Negras guiadas por Blanqui (quizás sea la construcción del «*partido de la insurrección*» o de «*la organización colectiva permanente*»¹²). Este cajón de sastre autoritario completado por nociones tan evanescentes como la «*densidad*» relacional o «*el espíritu*» comunitario (pág. 130) pone la guinda al carácter confuso del libro, lo que, como ya hemos visto, no constituye su defecto sino su mejor baza. *La insurrección que viene* está de acuerdo con el tiempo presente, totalmente a la moda. Posee las cualidades del momento, una flexibilidad y una elasticidad que se pueden adaptar a todas las circunstancias en el medio rebelde. Está bien presentada, tiene estilo, parece gustar a todo el mundo porque da la razón a todos sin molestar a nadie.

Volvamos ahora al punto de partida de esta reseña, y tomemos al pie de la letra, por esta vez, un opúsculo que sus redactores han elegido publicar en una editorial comercial izquierdista y distribuirlo en los templos del consumo. Si esta claro que «*la tarea de los círculos culturales es identificar las intensidades nacies y sustraeros, exponiéndolo, el sentido de lo que hacéis*» (pág. 129), debemos dejar a los oportunistas la hipocresía de hacer pasar sus incursiones en territorio enemigo como una táctica beneficiosa, ya que precisamente sólo se trata de especulaciones *políticas*. En efecto, ¡qué idea extraña sería la de una secesión o la de una autonomía frente a las instituciones que se organicen para asentarse voluntariamente allí y participar de ello sin remordimientos!

Un movimiento revolucionario animado por la voluntad de alcanzar una ruptura con lo existente no tiene necesidad de la confirmación del orden social que critica. *La insurrección que viene* en los escaparates de todas las librerías es tan solo la caricatura y la mercantilización de esta insurrección que podría acabar con todos.

Insurgentes sin venda

¹² Propuesta 14 del *Comité d'occupation de la Sorbonne en exil*, junio de 2006, y propuesta du *Jardin s'embrase, Les mouvements sont faits pour mourir*, (Tahin Party, Lyon, agosto del 2007), pág. 114.

tienden a poner en peligro la actividad diurna. Y esta tensión acaba explotando un día u otro. Esto no significa que haya que negar el valor y la importancia de esas experiencias, sino que no se les puede dar un contenido y un alcance que no tienen: el de ser en sí mismo un momento de ruptura, que extendiéndose formaría la insurrección. Como decía Nella Giacomelli en 1907 después de la experiencia de Aiglemont, «una colonia fundada por hombres de hoy y obligada a existir al margen de la sociedad actual y a recurrir a sus fuentes, está fatalmente destinada a no ser más que una imitación grotesca de la sociedad burguesa. Ella no nos puede dar la fórmula del mañana, porque refleja demasiado en sí misma la vieja fórmula del presente, por el que inconscientemente estamos todos penetrados hasta quedar desfigurados»¹¹. En lo referente a la extensión del concepto de “comuna” a todas las manifestaciones de rebelión o de revuelta y hacer de la Insurrección la suma de todas ellas, es otro hallazgo del Comité que se va por las ramas sin solventar la cuestión. Si la insurrección es el conjunto de prácticas subversivas, entonces ésta no está a punto de llegar: ya está aquí. ¿No se habían dado cuenta? Este confusionismo les permite complacer tanto a los que buscan la satisfacción de sus necesidades cotidianas como a los que luchan por realizar sus deseos utópicos, de bailar el agua a los que se dedican a «comprender la biología de plancton» (pág. 138) y a los que se plantean problemas del tipo «¿Cómo dejar inutilizable una línea de TGV o una red eléctrica?» (pág. 143). El Comité puede plantear teóricamente un tipo de complementariedad interesada en todas las prácticas, sin cuestionar en lo más mínimo lo que esas formas desarrollan, su *porqué*, lo que les da sentido. Partiendo así del supuesto de que basta con estar en *contra*. Uno de los objetivos de esa apología de las formas de hostilidad, independientemente de su contenido, puede que resida en la voluntad explícita del Comité de trazar «frentes a escala mundial» (pág. 127), es decir, que en vez de hacer más profunda la pasión por una existencia libre de todo tipo de dominación, habría que llevar a cabo todo tipo de alianzas que sólo serían posibles debido a esta ausencia de contenido positivo común.

Para terminar, hay un último punto que ha llamado nuestra atención: a pesar de que este libro no defina un *porqué* de la insurrección, al menos ¿podría enfrentarse a la cuestión del *cómo*? ¡Ahí no obstante el estilo les va a permitir salvar el obstáculo: «En lo relativo a decidir acciones, éste podría ser el principio: si cada uno va a reconocer el terreno, si se confirman los datos, la decisión llegará por sí misma; más que tomarla nosotros, ella nos tomará» (pág. 161)! Es inútil perder el tiempo con aburridos debates sobre el método a adoptar y los objetivos a alcanzar, además presentan el

¹¹ Ireos, *Una colonia comunista*, Biblioteca de la Protesta Umana (Milan, 1907).

De hecho nuestro bravo anarquista no estaba nada convencido del interés que podía tener hacer una reseña de esto y fue necesaria toda la insistencia condescendiente de los participantes en esta revista (*À corps perdu*) para empujarle a aportar esta piedra al dossier que presentamos sobre el tema de la insurrección. Conscientes de que otros, aquí y en otros lugares, ya elaboraron esta crítica, y sobre todo del limitado espacio concedido a esta nota de lectura, nos contentaremos con mencionar tan solo algunos puntos.

Lugares comunes

Además de un prólogo, este libro está compuesto por siete círculos y cuatro capítulos. En la primera parte el Comité Invisible nos hace atravesar de forma dantesca el infierno de la sociedad actual. En la segunda se nos introduce por fin en el paraíso de la insurrección, que se podría alcanzar mediante la multiplicación de comunas. Si la primera parte lo tiene fácil a la hora de encontrar aprobación mediante su descripción de un mundo salpicado de desastres permanentes, la segunda es mucho más leve. Sin embargo ambas coinciden en un punto: una cierta vaguedad, bien enmarcada en un estilo seco y perentorio. Quizás esto ni siquiera sea un defecto, sino más bien un ingrediente fundamental del atractivo de este librito.

Para lanzar su discurso, el Comité no necesita ningún análisis, prefiere las *constataciones*. ¡Ya estamos hartos de estas críticas y de estos debates cansinos, dejad paso a la evidencia y a la ostensible objetividad que saltan inmediatamente a la vista! Haciendo gala de modestia, los redactores se apremian a precisar que ellos sólo ponen «un poco de orden en los lugares comunes de la época, en lo que se murmura en las mesas de los bares, detrás la puerta cerrada de los dormitorios» es decir, que se contentan con «fijar las verdades necesarias» (pág. 34). Además ellos no son los autores de este libro, mas bien «se han convertido en los escribas de la situación» ya que «Es el privilegio de las circunstancias radicales que la precisión lleva con toda lógica a la revolución». Había que pensar en eso: ¡los lugares comunes son las verdades necesarias que hay que volver a transcribir para exaltar lo justo, lo que lógicamente conducirá hacia la revolución! Evidente, ¿no?

Penetrando en los siete círculos que dividen el infierno social contemporáneo, encontraremos pues pocas ideas para reflexionar y muchos estados de ánimo que compartir. Los autores/redactores evitan a todo precio basar su discurso en una teoría explícita cualquiera. Para no correr el riesgo de verse superados o de ser refutados, prefieren registrar lo vivido en su banalidad, ahí donde todo se vuelve familiar. Como en un alineamiento de lugares comunes, precisamente, donde “El Francés”, esta ficción, vuelve cada dos por tres. Y ya que estamos en ello, pueden soltar cualquier nimiedad hasta convertir lo real en un mero reflejo de la dominación totalitaria, en vez de considerarlo como

fruto de una dialéctica en el seno de la guerra social. Pero es verdad que por eso, en lugar de quedarse en *sentimientos* generalizados, haría falta ir un poco más lejos. Para describir su mundo imaginario sin clases ni individuos, convierten la propaganda del poder en una fuente nada desdeñable, y sobre todo creíble: les basta con hacer referencia a los Servicios de Inteligencia (pág. 57), a el RRH de Daimler-Benz (pág. 61), a un oficial israelí (pág. 75), a los chistes de ejecutivos (pág. 82) o al primer sondeo de opinión que encontraron (pág. 83). En *La insurrección que viene*, todo está nivelado, aplastado por el control y la represión. No es el mundo lo que se describe, sino el desierto con el cual sueña el poder, la representación que ofrece de sí mismo. No obstante, esta casi ausencia de dialéctica entre dominantes y dominados, explotadores y explotados, no es una casualidad: todo lector debe poder encontrarse en esta percepción de la pesadilla totalitaria, de estar asustado. No se trata de convencerle, y aún menos de mostrar los mecanismos de adhesión o de participación voluntaria a nuestra propia sumisión. Hacerle compartir el infierno pseudo-universal, permite salvarle en su totalidad al adherirse al gran Nosotros y a sus intensidades subjetivas.

Tomando nota del fin inminente del mundo con un tono apocalíptico, enumerando los diferentes medios en los que se consume, el Comité Invisible se para sobre los efectos del desastre más inmediatamente perceptibles, omitiendo los posibles orígenes. Por ejemplo nos informa de que «*el malestar general deja de ser soportable en cuanto aparece tal y como es: sin causa ni razón*» (pág. 83). ¿Sin causa ni razón? Más bien sin ningún análisis incisivo de lo existente, ni el más comunista contra el capitalismo ni los más anarquistas contra el Estado. Esto no sería lo bastante impreciso, y además existen otros textos, como los reservados a un pequeño ambiente (los dos números de la revista *Tiqqun* autodisuelta en el 2001, o *El llamamiento*, editado en el 2003 del cual encontramos un comentario en la contraportada de *La insurrección que viene*). La impotencia política o la quiebra económica, cuando aparecen en este panfleto, nunca confluyen hacia el desarrollo de una crítica radical de la política o las necesidades, porque estos temas son sólo el pretexto para situarse en el campo de la descripción nauseabunda destinada a valorizar lo que viene después. *La insurrección que viene*, nacida como una mercancía editorial, simplemente ha sido pensada y escrita para llegar al “gran público”. Como este “gran público” está compuesto de espectadores ávidos de emociones rápidas, refractario a toda idea que pudiese dar sentido a toda una vida, démosle imágenes fáciles a la que agarrarse sin cansarse demasiado.

Para afianzarlo mejor, también tiene la necesidad de incluirlo en la construcción de un gran “Nosotros” colectivo, del que hace apología contra el vil Yo individual. El individuo, que como bien se sabe existe sólo como slogan de Reebok («*I am what I am*»), es prontamente anulado como sinónimo de «*identidad*» (pág. 36) o de «*corsé*» (pág. 130). Son, sin duda alguna, las

(pág. 140). Pero mientras que los primeros ven en la difusión progresiva de las experiencias de la autoorganización una *alternativa* a la hipótesis insurreccional, el Comité propone una *integración estratégica* de vías juzgadas hasta entonces incompatibles. Ya no se trata más de sabotaje o pequeño comercio, sino de sabotaje *y* pequeño comercio. Plantar patatas durante el día y derribar postes por la noche. La actividad diurna está justificada por la exigencia de independencia de los servicios proporcionados por el mercado o el Estado y el hecho de garantizarse cierta autonomía material («*¿cómo alimentarse una vez que todo se ha paralizado? Saquear las tiendas, como se hizo en Argentina, tiene sus límites*», pág. 162). La actividad nocturna está planteada por la exigencia de interrumpir los flujos del poder («*El primer gesto para que algo pueda surgir en medio de la metrópolis, para que se abran otros posibles, es detener su perpetuum mobile*», pág. 79). Los escribas se preguntan entonces «*¿por qué las comunas no habrían de multiplicarse hasta el infinito? En cada fabrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Porfin el reino de los comités de base!*» (pág. 130). ¿Por qué, en efecto, no sería realizable la vieja ilusión de los años 70 de las “comunas armadas” que no sólo se empeñan en defender su propio espacio liberado, sino que también van al asalto de los espacios que permanecen en manos del poder?

La respuesta se encuentra en la contradicción que los autores de este opúsculo pretenden superar: fuera de un contexto insurrección, una comuna sólo vive en los intersticios permitidos por el poder. Su supervivencia permanece ligada a su carácter inofensivo. Mientras se trate de cultivar zanahorias, sin dios ni amo, en los huertos biológicos, de ofrecer comida a bajo precio (o gratuita) en los comedores populares, de curar a los enfermos en dispensarios autogestionados, todo puede ir bien. En realidad, que alguien se ocupe de las carencias de los servicios sociales puede ser útil, la creación de un lugar donde emplazar a los marginados, lejos de los escaparates de las metrópolis, puede resultar práctico. Pero apenas nos alejamos de eso para ir en busca del enemigo, y las cosas se estropean. Un día cualquiera la policía golpea la puerta y la comuna desaparece, o es redimensionada. La segunda razón que vuelve inútil todo intento de generalización de las “comunas armadas” fuera de una insurrección son las dificultades materiales a las que se enfrentan esas experiencias. Puesto que sólo algunos privilegiados están en condiciones de resolver cualquier dificultad con la rapidez necesaria para firmar un cheque, los participantes de las comunas están casi siempre obligados a dedicar todo su tiempo y su energía a su “funcionamiento” interno.

En resumidas cuentas, para seguir con la metáfora, por un lado la actividad diurna tiende a absorber con sus exigencias todas las fuerzas en detrimento de la actividad nocturna, por otro, la actividad nocturna y sus consecuencias

Otra cuestión que normalmente se plantea con la insurrección es la de las relaciones y la *afinidad* (compartir una perspectiva general de ideas), que no es lo mismo que la *afectividad* (compartir momentáneamente situaciones particulares y sentimientos, como la rabia). Una vez más, no temáis obtener una respuesta, ya que el Comité salva la situación con una pirueta: «*toda afinidad es afinidad en una verdad común*» (pág. 126). El truco es simple. En lugar de partir de deseos individuales, deseos inevitablemente múltiples y divergentes, hay que partir de situaciones sociales fácilmente *perceptibles* como comunes y presentadas como “verdades”. Porque el Comité no está interesado en las ideas que desarrollamos, prefiere las verdades que nos poseen. «*Una verdad no es una visión del mundo, sino lo que nos mantiene ligados a él de manera irreductible. Lina verdad no es algo que se detenta, sino algo que nos lleva*» (pág. 125). La verdad es mesiánica, exterior y objetiva, unívoca, fuera de toda discusión. Basta con compartir el sentimiento de esta verdad para confluír en banalidades de tipo “hace falta organizarse”. Para no romper el encantamiento, una de las verdades que hay que tragarse es que el impasse en el que se encuentra hoy el orden social va a transformarse en autopista para la insurrección, y que un prolongamiento de esta agonía es imposible. Y como todo eso es ineluctable cada uno puede sencillamente evitar plantearse preguntas como ¿“organizarse de qué manera”, “para hacer qué”, “con quien”, “porque”?

Así también puede desaparecer el viejo debate entre el ver la destrucción del viejo mundo como un momento inevitable y previo a toda auténtica transformación social, o el estar persuadido de que la emergencia de nuevas formas de vida conseguirá, en sí misma, expurgar los viejos modelos autoritarios, volviendo superfluo todo enfrentamiento directo generalizado con el poder. El Comité Invisible, él, es, en efecto, capaz de conciliar sin problema estas tensiones siempre opuestas. De un lado, desea «*una multiplicidad de comunas que substituyeran a las instituciones de la sociedad: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc.*» (pág. 130), y de otro preconiza «*no hay que hacerse visibles, sino utilizar en nuestro favor el anonimato al que hemos sido relegados y, mediante la conspiración, la acción nocturna o clandestina, hacer de él una inatacable posición de ataque*» (pág. 145). Ahí aún, hay para todos los gustos, para los alternativos que intentan instalarse tranquilamente en el campo (para los que la Comuna es el oasis de la felicidad en el desierto del capitalismo) y para los enemigos de este mundo (para los que la Comuna es sinónimo del París insurgente de 1871). Al más puro estilo de los defensores modernos de la “esfera pública no-estatal” (de los militantes anarquistas más alucinantes a los “desobedientes” negristas más hábiles), el Comité Invisible sostiene que «*la autoorganización local, al superponer su propia geografía sobre la cartografía estatal, la enmaraña, la anula; produce su propia secesión*»

afamadas bandas las que deben encarnar «*toda la alegría*» (pág. 47), ya no son producto del apañárselas para sobrevivir y de un confinamiento, de una ayuda mutua (que no es lo mismo que la solidaridad) en la supervivencia, y de una competición, sino la forma de autoorganización por excelencia en la que hay que inspirarse. En otro libro, se formuló aún más explícitamente: «*La perspectiva de crear bandas no nos amedrenta; pero nos divierte más hacernos pasar por mafia*» (*El llamamiento*, Propuesta V).

Como ya dijeron otros, los redactores de *La insurrección que viene* «*ven a partir de ahora en la descomposición de todas las formas sociales una “ganga”: al igual que para Lenin la fábrica formaba el ejército de los proletarios, para estos estrategas que apuestan por la reconstitución de solidaridades incondicionales de tipo ciánico, el caos “imperial” moderno forma las bandas, las células de base de su partido imaginario, que se agruparán en “comunidades” para ir hacia la insurrección*»⁶. Lo que ocurre es que a los aspirantes a pastores sólo les gusta el olor a rebaño, «*la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas*» (pág. 153), todo lo que pueda implicar un carácter lo suficientemente gregario para ejercer un control. La unicidad debe ser rechazada, ya que no permite disponer de una concentración de mano de obra conveniente.

También se dice y se repite que esta sociedad se ha vuelto insoportable, pero porque no ha cumplido sus promesas. ¿Y en el caso contrario? Si «*el pueblo*» no hubiese sido expulsado fuera de «*sus campos*», «*sus calles*», «*sus barrios*», «*los vestíbulos de sus edificios*» (pág. 139), si no hubiésemos sido expropiados de «*nuestra lengua por la enseñanza*», de «*nuestras canciones por las variedades*», de «*nuestra ciudad por la policía*» (pág. 44)... ¿Podríamos quizás seguir viviendo felices en nuestro mundo? Como si alguna vez este mundo hubiese sido nuestro, o esos barrios o esas ciudades no fuesen simplemente un ejemplo de nuestra desposesión, algo a destruir. Como si la reapropiación de la arquitectura carcelaria para los pobres no fuese uno de los últimos signos de la alienación. Nadie puede «*envidiar esos barrios*» (pág. 44), y no sólo porque reine en ellos «*una economía informal*». Le dejamos de buena gana al Comité las distinciones jesuíticas entre mafia y Estado o entre las diferentes expresiones de la dominación mercantil, es decir el pequeño juego de las preferencias tácticas entre las distintas caras del amo. Por nuestra parte, preferimos luchar contra la autoridad y la economía *tal y como son*.

De tanto negar una guerra social múltiple que no corresponde a un sujeto (el joven rebelde de los suburbios), leyendo estas páginas nos preguntamos si los escribas de este librito verde no proceden más bien por ignorancia, si no

⁶ René Riesel y Jaime Semprun, *Catastrophisme, administration du désastre et soumission durable* (París, Encyclopédie des nuisances, junio del 2008), págs. 41-42 [Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible, Pepitas de calabaza, Logroño, 2011.]

forman parte, como los lectores a los que se dirigen, de los que limitan la complejidad social del “barrio”⁷ al enfrentamiento entre policías y jóvenes violentos, de los que ajustan las cuentas a la familia conservando esos vínculos para subvencionar la subversión social (pág. 51), de los que pueden «*circular libremente*” de un extremo a otro del continente y sin gran dificultad por el mundo entero» (pág. 140), o incluso participar en la feria electoral con la impresión de realizar algún gesto subversivo («*Empieza a adivinarse que es, de hecho, contra el voto mismo que se sigue votando*», pág. 29).

La insurrección como multiplicación de comunas

Cuando nos hablan del infierno moderno, ¿a dónde quieren llegar? ¿A qué aurora nos llevaría el fin de esta civilización que no tiene nada más que ofrecernos, la misma civilización que supuestamente produce, como un mecanismo bien lubricado, «*los medios para su propia destrucción*» (no es una referencia a la catástrofe nuclear permanente, sino a... «*la multiplicación de teléfonos móviles y puntos de acceso a Internet*»⁸), pág. 78)?

Fijándonos bien, parece que la insurrección se presenta en este libro sin otra finalidad que la de apresurar el gran derrumbamiento, sin su propia superación que la orientaría, por ejemplo, hacia la anarquía (o el comunismo, para otros). Ella es su propio fin y se bastaría a sí misma. «*Trabajamos por la constitución de una fuerza colectiva, de tal modo que el enunciado “¡Muerte al Bloom!” o “¡Abajo la Jovencita!” baste para justificar varios días de revuelta*» apuntaban entonces, no sin caer en el ridículo, los tiqqunistas⁸. Más que de nihilismo — más allá de este mundo sólo hay este mundo, sin futuro ni posibilidad —, se trata de un milenarismo revisionista donde el futuro apocalíptico está disimulado en el presente, donde parece estar totalmente separado de nuestras acciones presentes e intencionadas (o involuntarias).

⁷ Nota de la Traducción: Cité = barriadas pobres que rodean las grandes ciudades, se construyeron en los años sesenta para alojar a una población en aumento en las grandes ciudades.

⁸ Tiqqun, postfacio de marzo del 2004 a la edición Italiana de la *Théorie du Bloom*, Bolland Boringhieri, noviembre del 2004, pág. 136. Con respecto a eso se puede también señalar el pequeño juego de correspondencias entre los hermanos siameses *Tiqqun*, *El Llamamiento* y *La Insurrección que viene*: en este postfacio, Tiqqun recomienda al “público italiano” la lectura de *El Llamamiento*, mientras que *La Insurrección que viene* lo hace su cuarta portada. En fin, el segundo texto del Comité Invisible, *Mise au point*, incluye discretamente en la parte de abajo de su tercera página una web de Internet que reúne esos escritos y otros más relacionados con ellos (como el del Comité *d'occupation de la Sorbonne en exil* [Comité de ocupación de la Sorbona en exilio]).

Simplemente habría que ser capaces de aceptar esta agonía para hacer de ella un momento liberatorio y purificador, tomar partido por la gran insurrección destructora constituyéndose en fuerza. No es sólo que el realismo catastrófico de tal posición pueda parecer dudoso, sino que en la hipótesis de encontrarnos ante semejante situación, también podríamos pensar que esta insurrección sólo llevaría a la reestructuración del poder, y no necesariamente a una verdadera transformación del mundo que socavara toda dominación. Asimismo, las “comunas” nunca parecen ser concebidas como bases para una experimentación, como una tensión. Ya están ahí: «*Toda huelga salvaje es una comuna, toda casa ocupada colectivamente sobre unas bases claras es una comuna*» (pág. 130).

Por otro lado, para el Comité esta cuestión es tan ambigua que declara que «*ya no podemos siquiera imaginarnos por dónde comienza una insurrección*» (pág. 119). Por los disturbios, estaríamos tentados a responder, o por una revuelta que, aunque minoritaria, se generalizase socialmente. Pero no, eso sería demasiado comprometedor para ellos. Más vale no zanjar esta cuestión y granjearse así a más curiosos, más vale evitar los temas que calientan y dividen los ánimos. Más vale continuar simplificando la realidad del antagonismo presentándola como un Todo que tan sólo podemos atacar desde un supuesto lugar diferente, por una «*secesión*», «*aumentándolo*» (pág. 140) o constituyéndose en «*un conjunto de antros de deserción*» (*El llamamiento*, Propuesta V). No ver la insurrección como un proceso particular con el conjunto de lo que la precede, evita principalmente reflexionar sobre cómo luchar por la destrucción de este sistema, dentro y a partir de él, llevando, en la forma de hacerlo, la proyectualidad de otro mundo. Ya que esto supondría partir de la hipótesis inversa a la que proponen los redactores del libro. Una hipótesis revolucionaria que no sea ni alternativista (podemos construir nichos en lo existente, y desde ahora «*elaborar una nueva idea del comunismo*» en el capitalismo⁹), ni mesiánica (la fatalidad de la civilización que se derrumba y para la que es necesario prepararse). En realidad no existe un afuera que pudiese escapar a las relaciones sociales de la dominación y constituir así las bases de apoyo para elaborar una fuerza hacia la insurrección. Es sólo en los momentos de ruptura que los podemos subvertir. Como decía un viejo texto, «*no hay ningún rol, por más legalmente riesgoso que sea, que pueda sustituir el cambio real de las relaciones. No hay atajos al alcance de la mano, no existe un salto inmediato al más allá. La revolución no es una guerra.*»¹⁰.

⁹ Comité Invisible, *Mise au point*, 22 de enero de 2009, pag. 3.

¹⁰ *À couteaux tirés avec l'Existant, ses défenseurs et ses faux critiques*, Typemachine/Mutines Séditions, octubre del 2007 (1998), pág. 38 [Ai ferri corti / Etziok Bueltarik. Romper con esta realidad, sus defensores y sus falsos críticos, Editorial Muturreko Burutaziok, Bilbao, 2001, 72 pp. (Edición bilingüe euskera/castellano)]